

ventana Válor

Escapada a la comarca granadina de La Alpujarra, donde los barrancos van convirtiéndose en valles. Allí se refugió el último rey de los moriscos, de cuya expulsión se cumplen cuatro siglos



Las nieves perpetuas y las casas recostadas en la falda de las montañas definen el paisaje de La Alpujarra. / AFP

LA PATRIA DE ABÉN HUMEYA

JAVIER VALENZUELA

A sí que ésta fue su casa, la casa de Abén Humeya, rey de los moriscos de La Alpujarra, último rey de Al-Andalus. Buena casa, sí señor. De tres alturas, puerta de madera con aldaba y herrajes, fachada encalada y sin ningún estorbo enfrente: abierta al Sur, a un océano de redondeadas montañas. Un escalón abajo, un huertecillo de tomates y pimientos; a la izquierda, el casco antiguo animado por unas cuantas palmeras; viniendo de todas partes, surgido de invisibles fuen-

tes y acequias, el rumor del agua fresca, el rumor del paraíso.

Estamos en Válor, allí donde La Alpujarra va limando sus aristas alpinas y desembocando en el Mediterráneo clásico, donde los barrancos van convirtiéndose en valles, donde nogales, álamos y castaños van dando paso a olivos, naranjos y almendros. Es ésta “la patria de Abén Humeya”, como proclama el mural que da la bienvenida al pueblo. Mural en el que, sobre fondo azul, se cruzan dos cimitarras doradas que sirven de cuenco a una corona y una media luna. Aquí, en 1568, don Fernando de Córdoba y Válor se puso al frente de la rebelión de los suyos, los moriscos granadinos, abando-

no su forzado nombre cristiano y recuperó el musulmán: Abén Humeya, orgulloso descendiente de los Omeyas de Córdoba y, a través de ellos, del profeta Mahoma.

Los moriscos no podían más. En 1492 Boabdil había rendido Granada con la condición de que los habitantes del reino nazarí pudieran seguir conservando su lengua, religión y costumbres. Papel mojado: pronto se les obligó a convertirse al cristianismo, pasando a ser llamados moriscos. Pero ni aun así los conquistadores saciaron su sed de uniformidad. Querían que los granadinos hablaran castellano, renunciaran a sus baños, comieran cerdo, se vistieran como en Ávila y se olvidaran de

sus fiestas o zambras. Cuando en 1568 Felipe II promulgó un nuevo edicto en esta dirección, los de la Alpujarra, su último refugio, se alzaron en armas. Abén Humeya, del que se cuenta que era muy lujurioso, se convirtió en su rey.

Ganaron los cristianos, claro. “Los nuestros”, dice Abén Humeya en la biografía novelada que escribiera Carlos Asenjo Sedano, “sólo tenían dos caminos: o entregarse para la horca, o morir degollados a manos de soldados. En cualquier caso, nada de perdón y libertad”. Abén Humeya fue asesinado, don Juan de Austria conquistó La Alpujarra a sangre y fuego, los moriscos fueron masacrados, las moriscas vendidas como

esclavas, llegaron repobladores del Norte, se perdió la industria de la seda... Y en 1609, hace ahora 400 años, se consumó el drama con la pragmática de Felipe III que ordenaba la completa expulsión de los moriscos de todos sus reinos; lo español, una vez más, quedaba identificado por decreto con lo católico, lo conservador y lo castellano. Entre 300.000 y 500.000 personas tuvieron que abandonar su patria. Dada la población de la época, fue, señala el escritor José Manuel Fajardo, “el mayor exilio de una historia, la nuestra, repleta de ellos”. Aunque ninguna placa indica

Querían que los granadinos se olvidaran de sus fiestas o zambras

que ésta fuera la casa de Abén Humeya, los vecinos de Válor lo dan por hecho. No es la original, pero aquí estuvo su solar y su estructura era básicamente la de hoy. La casa ha estado habitada tradicionalmente por los médicos del pueblo, pero lleva unos años desocupada y podría amenazar ruina. En cuanto al balcón y la escayola con un Cristo son evidentemente postizos.

A pocos metros, doblando la esquina, hay un Centro Municipal de la Tercera Edad y allí un azulejo reza literalmente: “Abén Humeya y los moriscos. Cumbre de libertad para Al-Andalus”. Lo firma, también literalmente, “Yama’a Islámica”. Curioso este pueblo de Válor que ahora sesteo pero que pronto, a mediados de septiembre, despertará para celebrar sus fiestas de Moros y Cristianos, las más vistosas de Andalucía oriental. Entonces, vecinos enturbantados harán correr la pólvora en homenaje al desdichado Abén Humeya, pero la victoria de tales monfies será breve: el bando cristiano, con la providencial ayuda del Santo Cristo de la Yedra, terminará haciéndose con el castillo.

héroes y villanos por Diego A. Manrique

EL REY DEL MUNDO

Recuerdan? Hubo un tiempo en que Richard Branson era realmente popular por sus hazañas deportivas, que generaban extraordinaria publicidad para sus líneas aéreas y otras empresas Virgin. Acumuló varios récords mundiales, jugando la vida.

Al cumplir los 50 años, en 2000, Branson renunció a las travesías peligrosas. Reconvertido en autor, ha publicado media docena de libros de éxito, desde su autobiografía a la crónica de sus vuelos en globos; debe tener un *negro* altamente eficaz, aunque todos los textos llevan sus huellas dactilares.

El último es *Business striped bare*, una guía del mundo de los negocios, a partir de los grandes éxitos (y algunos fracasos) del grupo Virgin. De paso, afianza su imagen de filántropo y ecologista, que se codea con Nelson Mandela, Al Gore, Bill y Melinda Gates...

Sus consejos suenan elementales, pero ocasionalmente lanza propuestas genuinamente bransonianas: las fiestas necesitan un tratamiento fiscal especial, son esenciales para construir el espíritu de empresa. Insiste en que los directivos se ocupen, regularmente, de firmar cada cheque de la compañía, para detectar despilfarros.

Creyente en “lo pequeño es maravilloso”, sugiere que



Richard Branson, delante de un avión de Virgin. / AFP

el número ideal de empleados es el centenar; si se supera, la sociedad debería partirse en dos o las que sean necesarias. La multiplicación de empresas —y su presencia en todos los ámbitos— explica que, según Branson, Virgin pueda sobrevivir a los malos gestores o a cualquier crisis sectorial.

No ha perdido el sentido de lo absurdo. Está preparando su entrada en el negocio de las pensiones cuando recuerda que, en ese mismo salón, se reunía con los Sex Pistols (“¡No future!”). Sin embargo, carece de soluciones

para la industria de la música, que ya abandonó. Como esos antiguos periodistas que ahora reniegan de los periódicos de papel, ahora piensa que las grandes discográficas no son necesarias.

También tiende a echar balones fuera. Si descarrilan sus trenes, es culpa de la infraestructura estatal. Si no consigue la licencia para explotar loterías, la competencia ha sobornado a los funcionarios. Si le pillan haciendo falsas exportaciones de discos para ahorrarse impuestos, se convence de que otros mayoristas estaban en el ajo (un “error de juventud” que reapareció decisivamente en 2007, cuando ofreció a Gordon Brown rescatar el banco Northern Rock).

Su problema, como el de tantos triunfadores, es la incapacidad para asimilar opiniones divergentes. Hace años, cuando quiso introducir en España sus *megastores*, nos invitó a varios periodistas a almorzar en su mansión londinense. Le encantaba que la primera tienda Virgin se abriera en un lugar privilegiado de Sevilla. Todos los comensales callaban, así que me tocó darle las malas noticias. “Sevilla es una ciudad tan llena de arte y artistas que apenas consume productos culturales. No hay más que ver las giras de grupos internacionales: muy pocos paran en Sevilla”.

Silencio total. Zanjó el tema: “Nadie me ha contado eso”. Y siguió con el autobombo. En España, las tiendas Virgin fueron un fracaso espectacular. Especialmente, la de Sevilla.